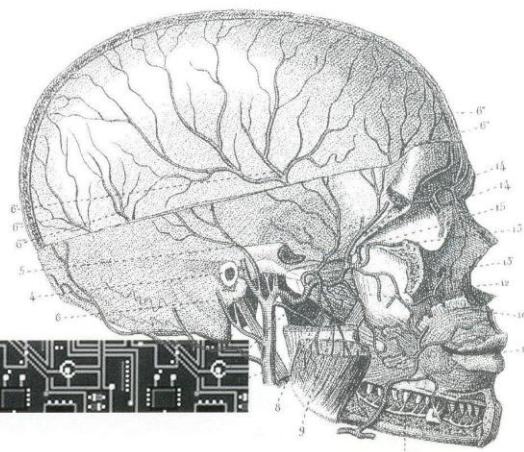


EL ORDENADOR EMOCIONAL



Hace ya unos cuantos años, Televisión Española emitió una serie documentales que respondía al título de Las reglas del juego. En los capítulos de aquella serie se mostraba, de manera amena y en cierto modo sorprendente, cómo la vida política, económica y cultural se correspondía con paralelismos establecidos a partir de pautas naturales. Dicho de otra manera: que el hombre moderno, a escala individual y en su dimensión colectiva, no hacia sino repetir y perpetuar los mecanismos de comportamiento de las tribus ancestrales.

El responsable del contenido de aquella serie, que también tuvo forma de libro, era José Antonio Jáuregui. Aventajado discípulo de Salvador de Madariaga y de Evans-Pritchard, Jáuregui es poseedor de un amplio currículo académico y viajero que le ha llevado como enseñante a universidades de Oxford, Los Angeles, Pamplona y Madrid. Antropólogo y sociólogo, fundamentalmente, y miembro del Patronato de la Academia Europea de Yuste, entre otras ocupaciones, José Antonio Jáuregui ha sido calificado de pensador original, capaz de desarrollar nuevas vías y respectivas inéditas en el ámbito de la Ciencia y la Filosofía. Esa capacidad innovadora de pensamiento queda de manifiesto en *Cerebro y Emociones. El ordenador emocional*, una obra aparecida originalmente en Oxford en 1990 y que ahora

ve la luz en castellano publicada por Maeva Ediciones (Madrid, 1998).

Tres Premios Nobel -Heinrich Roher de Física, Ilya Prigogine de Química, y el reciente de Literatura, José Saramago- han expresado sus opiniones favorables sobre esta nueva obra del profesor Jáuregui. Ciertamente, no es habitual un refrendo tan espectacular. La razón de ello habría que buscarla tanto en lo original y arriesgado de la teoría que se argumenta en *Cerebro y emociones*, como en las perspectivas de polémica que posibilita. Jáuregui sostiene, por ejemplo, que el placer no existe y que la vida de los seres humanos es semejante a la de un robot informatizado y manipulado por el cerebro. En oposición a Descartes o Spinoza que calificaban los sentimientos de "confusos estados de la mente", el profesor español mantiene que los sentimientos constituyen un preciso e implacable sistema de información que instruye el funcionamiento corporal y social.

Considerando la Sociología como parte de la Biología, José Antonio Jáuregui desarrolla en su obra la imagen de un "hombre programado" que responde a lo que "ordena" el cerebro que lo hace actuar a través de "complicadas urdimbres de índole biológica", hasta el punto de que las sensaciones se configuran como respuestas matemáticamente previstas de acuerdo con programas grabados vías

ADN o vía cultura. La conclusión más rotunda que formula el "ordenador emocional" es que no sentimos lo que queremos, sino lo que el cerebro nos impone.

La concepción del ser humano como una correspondencia sincronizada entre el sistema emocional y mental y entre los sistemas bioquímicos, biofísicos y sensoriales, puede conducirnos casi inevitablemente a la idea de una existencia predestinada de antemano. Para combatir esa tentación determinista, en la que el cerebro decide todo como un ordenador programado, Jáuregui recuerda una sentencia de Ramón y Cajal esculpida en un hospital madrileño: "Todo hombre, si se lo propone, puede ser el escultor de su propio cerebro".

La virtud de la teoría de Jáuregui es que nos incita a descubrir nuestro propio interior y a indagar en él con una mirada desconocida. El ordenador emocional encierra una propuesta polémica y turbadora que quizás ayude a comprender mejor nuestra condición. Así será si, al fin, logramos revelar los caminos secretos e inquietantes del cerebro y sus acciones. Las tesis de José Antonio Jáuregui son un buen estímulo para comprobar si se cumple aquella sentencia de Schopenhauer, que afirmaba que podemos hacer lo que queremos y, sin embargo, no podemos sentir lo que queremos.